

## PEINETONES

El uso de los peinetones fue un fenómeno exclusivo del Río de la Plata, especialmente de Montevideo y Buenos Aires. Esta moda tuvo su auge a partir de 1830 y decae hacia 1836.

Su uso, tiene sus orígenes en la peineta española introducida a principios del siglo XIX en América. A medida que fueron creciendo los movimientos independentistas, la peineta se fue transformando en peinetón, como forma de distanciarse de las costumbres españolas. Los peinetones, realizados principalmente en carey calado, cincelado y pulido podían llegar a medir hasta un metro de ancho. Algunos llegaron a incluir consignas con referencias políticas de adhesión al régimen de Juan Manuel de Rosas.

Este accesorio exuberante, era un artículo de lujo que daba cuenta de la situación social de la mujer que lo portaba y del poder económico y político de su padre o de su esposo.

En un período donde los políticos privilegiaban los conceptos de libertad, igualdad y ciudadanía, las mujeres eran relegadas al ámbito doméstico. Esta moda evidenció el interés de las mujeres, en participar activamente en los sucesos políticos de la época.

El peinetón exagerado y pomposo reforzaba la presencia femenina en público, lo que a muchos no les gustó, lo que se reflejó en la prensa de la época. Ejemplo de ello, es la famosa serie de litografías de César Hipólito Bacle, *Extravagancias de 1834*, que mostraba en clave caricaturesca los inconvenientes, físicos y simbólicos, que ocasionaba el uso del peinetón y el avance de la mujer en la conquista del espacio público.

## ABANICOS

En el siglo XIX el abanico se convirtió en un complemento indispensable de la vestimenta femenina. Las mujeres lo llevaban cuando iban a misa, de visita a otra casa, de compras, de paseo o a un baile. Para cada ocasión, el abanico estaba en consonancia con el resto de la vestimenta, por lo que en general se contaba con varios abanicos.

De los viajes se traían los abanicos “souvenir” que venían con recuerdos y se conservaban o regalaban.

Existían además abanicos de luto o de compromiso de boda, que marcaban momentos especiales en la vida de sus dueñas y que se diferenciaban por los colores y la decoración. En el caso de los de compromiso, generalmente tenían algún cupido o mensajero del amor.

Hay abanicos que se usaron mucho, otros poco y otros nada, pero se guardaron, conservaron y legaron por generaciones.

Como objeto de seducción, el abanico llegó a ser un elemento imprescindible de la coquetería femenina. Su uso, acompañó al arte de la conversación. Mediante los movimientos y cierres del abanico, se desarrolló un código gestual a través del cual se podía coquetear y enviar secretamente mensajes de amor a los pretendientes.

*"El abanico unas veces oculta risitas y murmullos, otras veces condensa una sonrisa en los chispeantes ojos negros que asoman justamente por encima de él. Un gracioso golpe de abanico reclamará la atención del descuidado y un amplio movimiento ondulante llamará al que está lejos. Un cierto darle vueltas entre los dedos muestra duda o ansiedad, y un rápido abrir y cerrar de sus varillas indica impaciencia o alegría. (...) el abanico es como una varita mágica cuyo poder se siente más fácilmente que se explica."* Blanco White, J.M. Carta II en *Cartas de España*. Madrid, Alianza Editorial, 1972 pp. 53-74.

## **SOMBREROS y GUANTES**

En la primera mitad del siglo XX, la seducción, como una de las maneras de afirmar la condición femenina, se ejercía también a través de la correcta elección de prendas y accesorios. Saber seleccionar con armonía y coherencia vestimenta y complementos, era una cualidad destacada.

Los sombreros eran una parte inseparable de la vestimenta y estaban presentes a toda hora, para todas las ocasiones y en todas las clases sociales. En las primeras décadas del siglo XX, ninguna mujer salía a la calle sin su sombrero.

En los años 20 aparece el llamado "cloché", un sombrero que iba encajado en la cabeza tan justo, que las mujeres debían tener el pelo corto para usarlo; se calzaba tan abajo que apenas se podían ver los ojos de su portadora, quien debía levantar el mentón para poder ver. Este sombrero se convirtió en un emblema de la modernidad femenina.

Hacia 1930, llegaron los sombreros ladeados tipo boina, que convivían con las capelinas de copa corta y anchas alas y se adornaban con flores de organdí. Bajo los sombreros, se lucían peinados dispuestos según la moda de París.

Las mujeres subrayaron su feminidad en los años 40, valiéndose de coloridos sombreros acompañados de plumas, pájaros, flores, mariposas, perlas, gasas y tules.

Surgirían después, los adornos o tocados; estos eran más pequeños, livianos y se acompañaban de plumas, flores, moños o redes; se sujetaban con una banda o clip a la cabeza.

Independientemente del modelo, lo importante era llevar la atención hacia el rostro y la cabeza, mientras el largo de las faldas se acortaba y las mujeres liberaban sus piernas.

Los guantes también acompañaban el vestir de las mujeres y combinaban con el resto del atuendo. La finalidad de los guantes es la de proteger las manos, por eso hasta el día de hoy existen guantes para oficios, deportes y profesiones. Como parte de la moda, han sido objeto de gran valor como signo de distinción. De hecho, una mujer no estaba completamente vestida sino los llevaba; se consideraba inapropiado que saliera de casa sin ellos. Se podían comprar en gran variedad de colores, diseños y materiales. Eran considerados indispensables tanto para el día como para la noche y llevarlos sucios, descoloridos o gastados se consideraba de mal gusto.

Guantes y sombreros, condicionaron de alguna forma la manera como las mujeres percibían su entorno. Los sombreros, en algunos casos cambiando la postura natural de la cabeza, generando dificultades para moverse o para ver y ser vista. Los guantes por su parte aislaban las manos del contacto con objetos o personas.